

Defensores de nuestras libertades

30 años del Premio Sájarov

Defensores

de

nuestras

libertades

© Unión Europea, Parlamento Europeo, 2017

Fotografías

Enri Canaj/Magnum Photos

Bieke Depoorter/Magnum Photos

Jérôme Sessini/Magnum Photos

Newsha Tavakolian/Magnum Photos,

con asistencia de Amine Landoulsi

Textos

Éric Fottorino, con asistencia de Manon Paulic

Diseño gráfico

Hello Dune Lunel

Agradecimientos

Los becarios del Premio Sájarov: Asma Kaouech,
Ameha Mekonnen, Jadranka Miličević
y Samrith Vaing

Para Magnum Photos: Clarisse Bourgeois,
Antoine Kimmerlin, Nikandre Koukoulioti,
Giulietta Palumbo, Claire Saillard y Pauline Sain

Las opiniones expresadas en este libro no
representan necesariamente la posición oficial
del Parlamento Europeo.

Defensores de nuestras libertades

30 años del Premio Sájarov

Doble página siguiente: **Guy le Querrec**
Berlín (Alemania), 1989.
*Jóvenes celebran el Año Nuevo sobre el Muro
de Berlín.*

Índice

Introducción	9
Samrith Vaing	14
Asma Kaouech	48
Ameha Mekonnen	82
Jadranka Miličević	114
Defensores de nuestras libertades	151
El Premio Sájarov	167
Los galardonados del Premio Sájarov	168
El papel del Parlamento Europeo	170





Introducción

Antonio Tajani

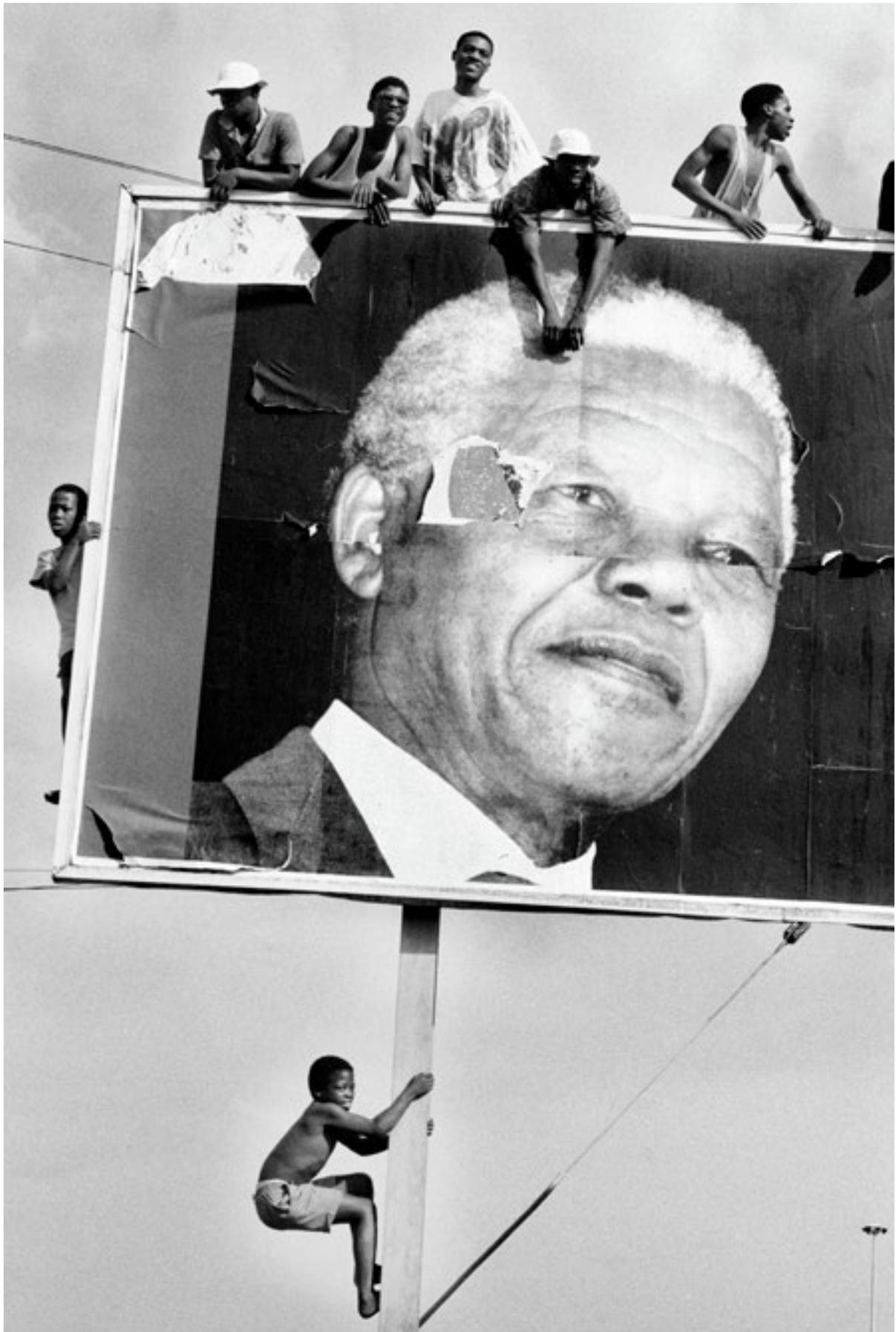
Presidente del Parlamento Europeo

El Premio Sájarov, del que conmemoramos el trigésimo aniversario, reviste hoy la misma actualidad que en 1988, cuando fue otorgado a los primeros galardonados, Nelson Mandela y Anatoli Marchenko. La lucha por los derechos humanos sigue ocupando un lugar preeminente en la agenda del Parlamento Europeo. El Premio Sájarov a la Libertad de Conciencia es una iniciativa emblemática de nuestro compromiso global con los derechos humanos, núcleo de nuestros valores compartidos.

Concedido a numerosas personalidades sobresalientes, el Premio Sájarov se ha convertido con el paso de los años en mucho más que una ceremonia anual: hoy es un altavoz para los galardonados. El Parlamento Europeo reúne a estos en la Red del Premio Sájarov y les ayuda en su papel de embajadores del espíritu de la iniciativa. Conjuntamente con los premiados hemos lanzado el programa de becas Sájarov de apoyo a los activistas pro derechos humanos de todo el mundo.

Este libro trata de todos aquellos que, al igual que los premiados, luchan por sus derechos y por unas sociedades más justas y alientan a otros a hacer lo propio. No puedo sino manifestar mi admiración y mi apoyo a los cuatro valerosos becarios del Premio Sájarov —cuatro entre muchos más— cuya vida y labor emblemáticas son objeto de este libro. Quisiera también aprovechar la ocasión para expresar mi agradecimiento a Éric Fottorino, ilustre periodista y escritor, que en su ensayo sobre los derechos humanos en el mundo relata la historia de estas personas invitando al mismo tiempo a la reflexión. Gracias también a Jérôme Sessini, Bieke Depoorter, Enri Canaj y Newsha Tavakolian, todos ellos fotógrafos de prestigio, cuyas imágenes tanto han hecho por dar vida a estas historias.

En los últimos años se ha ido reduciendo en muchos lugares del mundo el espacio ocupado por la sociedad civil. Así, en ocasiones se acusa a las organizaciones pro derechos fundamentales de trabajar al servicio de inte-



reses exteriores, y se recurre a la intimidación, a la cárcel o a la tortura para silenciar sus voces. También en las sociedades occidentales y dentro de la Unión Europea se atacan los derechos fundamentales. El terrorismo mundial amenaza las libertades más básicas de nuestros ciudadanos, por lo que debemos combatirlo sin titubeos pero al mismo tiempo sin menoscabo de nuestras libertades fundamentales.

Hasta la fecha, el Premio Sájarov ha honrado a luchadores cubanos por la democracia en tres ocasiones: Guillermo Fariñas en 2010, las Damas de Blanco en 2005 y Oswaldo José Payá Sardiñas en 2002. Con su reconocimiento a Wei Jingsheng en 1996 y a Hu Jia en 2008, el premio ha destacado en dos ocasiones la larga y ardua lucha por los derechos humanos en China. También aplaudimos la acción de los activistas iraníes Nasrin Sotoudeh y Jafar Panai, en 2012, al igual que la de la organización no gubernamental rusa Memorial, en 2009.

La libertad de prensa sufre amenazas en muchos países en que los Gobiernos tratan de silenciar y reprimir a periodistas. Con la concesión del Premio Sájarov a Reporteros sin Fronteras en 2005, a la Asociación de Periodistas de Bielorrusia en 2004 y a *Oslobodjenje* en 1993, el Parlamento Europeo quiso rendir homenaje a actores emblemáticos que hacen

del periodismo independiente la columna vertebral de la democracia.

Las mujeres siguen estando entre los grupos más vulnerables a las violaciones de los derechos humanos. Galardonadas respectivamente en 2013 y 2005, Malala Yousafzai y Hauwa Ibrahim defienden y promueven vigorosamente los derechos de las mujeres, incluido el acceso de las mismas a la educación. En 2016 el Premio Sájarov distinguió a dos valientes mujeres yazidíes de Irak, Nadia Murad y Lamiya Aji Bashar, y en 2014 al médico congoleño Denis Mukwege, por enfrentarse a la execrable violencia que padecen los niños y las mujeres en los conflictos bélicos.

El Premio Sájarov también ha homenajeado al más íntimo de todos los derechos humanos: la libertad de pensamiento. Galardonados como el bloguero saudí Raif Badawi están en prisión únicamente por expresar sus ideas.

A lo largo de tres decenios, las personas distinguidas con el Premio Sájarov han sido una constante fuente de inspiración. Es mi esperanza que en los próximos treinta años este legado anime a otras personas a preocuparse, comprometerse y luchar por un mundo más justo, dotando así de todavía mayor prestigio al Premio Sájarov.

Izquierda: **Ian Berry**
Lamontville (Sudáfrica), 1994.
Partidarios de Nelson Mandela esperan su llegada durante las elecciones presidenciales.

Doble página siguiente: **Stuart Franklin**
Pekín (China), 1989.
Concentración en la plaza Tiananmén, que sería duramente reprimida varios días después.





Samrith Vaing

Camboya



por Jérôme
Sessini

Samrith Vaing tiene 35 años. De entrada, se presenta como indígena. Pertenece a la minoría de los bunong, una de las veinticuatro comunidades del país y una de las más numerosas y también más antiguas, ya que lleva asentada más de dos mil años en la provincia de Mondol Kiri, en la región oriental de Camboya, cerca de la frontera vietnamita.

Lo que más sorprendió al fotógrafo Jérôme Sessini, su acompañante durante varios días, es la absoluta serenidad de los paisajes y las gentes. La sencillez de los habitantes. Su autenticidad, que desean a toda costa preservar. «No hay nada abstracto ni ideológico en su postura», explica el reportero, habituado a las zonas de guerra bajo extrema tensión. Aquí todo parece propicio a la tranquilidad. «Es difícil mostrar la violencia política», subraya. Sin embargo, Sessini percibió esta violencia en su desplazamiento a Stung Treng. Samrith deseaba ir a los pueblos situados en plena selva, pero fuerzas militares y policiales bloqueaban el acceso. Imposible establecer contacto con las comunidades locales. Samrith quería pasar al precio que fuese, pues intenso era su deseo de hacer comprender a su acompañante las dificultades que afron-

tan esas comunidades pasto del apetito de empresas chinas que les expropiaban sus tierras con la complicidad del Gobierno. Sessini, sin embargo, se negó a que asumiera tal riesgo. El peligro era demasiado grande.

Tal es el escenario, con todo lo que comporta. Aquí la defensa de las libertades se confunde con la del medio ambiente, la de los bosques, la de sus habitantes, seres humanos y animales por igual, como esos simios que comparten la vida de las familias o esos perros que se muestran en las fotos como auténticos personajes. Cuando el fotógrafo llegó a Camboya, Samrith Vaing se alegró de la perspectiva de poder hablar inglés durante toda una semana. Así podría perfeccionar esta lengua para transmitir mejor su mensaje a las autoridades internacionales y a todos los que

*Preme (Camboya), julio de 2017.
Samrith Vaing, defensor de los derechos humanos
y becario del Premio Sájarov.*



Provincia de Stung Treng (Camboya).
*Deforestación provocada por la explotación
intensiva de la selva, la expansión de las tierras
cultivables y la construcción de embalses.*

Doble página siguiente:
Provincia de Mondol Kiri (Camboya).
*Los bunong constituyen el grupo étnico más
importante de las regiones montañosas de
Camboya. Se cree que habitan el territorio de la
provincia de Mondol Kiri desde hace unos dos mil
años.*

pretende sensibilizar respecto a su causa. Precisamente, es este vínculo entre el hombre y la tierra, la preservación de los espacios naturales y la lucha contra los desajustes climáticos lo que más preocupa a este activista de primera línea. «*I go to the ground*», repite como el que más, para demostrar su cercanía a la gente, a sus problemas, a sus preocupaciones.

«Me interesa especialmente la selva», explica. «Espero del Gobierno que actúe y que se sume a nuestra acción. Pero no se ha logrado nada. Todo lo contrario. Los bosques desaparecen. Algunos activistas han sido encarcelados o incluso asesinados. Otros se han visto intimidados por las presiones y han acabado por desvincularse». Pero para Samrith no hay sitio para el miedo. Él quiere luchar por los suyos, contra todas las injusticias. Sin dejar a nadie por el camino. Salvar la naturaleza para salvar al ser humano.

Es el espectáculo de este país y de los habitantes de la selva lo que llevó a Sessini a renunciar al color. Para él, la autenticidad con que viven las gentes del lugar imponía el blanco y negro. «Para ir a lo esencial, mejor restituir la belleza liberando a la imagen de todo lo que se antoja inútil», afirma. Como si quisiera establecer una relación aún más directa entre su tema y quien lo revela. ¿Qué ha podido cautivarle tanto en esta Camboya todavía hoy confrontada a los fantasmas del genocidio perpetrado por los jemeres rojos entre 1975 y 1979? En el Museo de la Memoria de Phnom Penh, Sessini vio todos esos miles de

fotos de las víctimas, esos rostros ya callados para siempre y al tiempo tan elocuentes. Acaso hallara en sus expresiones una parte de la gravedad que envuelve sus imágenes. Como en ese mercado al aire libre en Stung Treng donde una joven, con la mirada resuelta, vende sus hortalizas bajo la lluvia. Aquí los indígenas se ven permanentemente amenazados de expulsión desde que se iniciara la construcción de un embalse por una empresa china. Para obligarles a marcharse, las autoridades locales prohíben a los bunong el acceso a los mercados cubiertos. Dejándolos a la intemperie, intentan que se rindan. Saben también que imponiéndoles estas condiciones precarias sus ingresos disminuirán, y confían así en que acaben aceptando las propuestas del poder central: abandono de sus hogares, reasentamiento lejos de sus tierras ancestrales, en viviendas anónimas, en lugares sin historia. Estos programas de reasentamiento son la pesadilla de los bunong de la selva, que no piden más que poder seguir en sus tierras, donde siempre vivieron. Samrith Vaing está de su lado. Sabe que los poderosos no tienen conciencia. El clan que domina el país es capaz de arrasar miles de hectáreas sin pestañear; le trae sin cuidado que pueda haber pueblos en ellas. El interés económico arrambla con todo.

Y es ahí donde interviene Samrith, a través de su organización, la CDC (Community Development Cambodia). «Durante mucho tiempo trabajé en una asociación nacional radicada en la capital», explica. «Nuestros recursos eran escasos, y por tanto los medios para despla-





zarnos también. Ahora he vuelto a mi provincia de Kratie, una zona muy turística. Las dificultades son de todo tipo. Aquí los indígenas se enfrentan a la invasión de la caña de azúcar. Empresas chinas y vietnamitas se apoderan de sus tierras, destruyen la selva y plantan caña. En otras zonas el problema son las plantaciones de hevea para la fabricación de caucho. Cerca de la frontera vietnamita, son las explotaciones productoras de aceite de palma las que amenazan la vida de los habitantes y su acceso a los recursos naturales». La causa última de estos graves desequilibrios es la política del Gobierno, que vende licencias a empresas extranjeras, permitiendo así a inversores sin escrúpulos apoderarse de las tierras. La corrupción, dueña y señora, supone una auténtica sangría para la selva camboyanas. «Las empresas que se establecen aquí presentan falsos informes según los cuales su impacto no afectará a la vida de los habitantes». Los poderes públicos miran para otro lado. Y las empresas extranjeras no tardan en deforestar enormes extensiones. La madera se transporta a Vietnam, y luego a China para su venta». Las fotos de Sessini hablan por sí solas. Los paisajes desolados, devastados, igual que después de un terremoto, son inabarcables. Los suelos, privados de su arbolado y su cubierta vegetal, se hacen inestables. Las inundaciones provocan daños colosales. Solo los niños disfrutaban chapoteando en estos mares surgidos en escasas horas, en mitad de la nada.

A estas poblaciones amenazadas de expulsión de sus tierras, Samrith les ofrece un arma fun-

damental: el conocimiento de sus derechos. «Si no los conocen, ¿cómo van a poder defenderse?». Pese a los riesgos que corre, Samrith no vacila en manifestarse en los medios cuando hace falta, ni en dar su nombre públicamente. Utiliza las redes sociales y publica numerosos vídeos. Incluso ha creado un canal propio en YouTube para difundir su acción. Pero su postura es sobre todo altruista: «Yo me quedo en segundo plano, para ayudar a los indígenas. Estoy detrás de ellos para ayudarles a construir su defensa. Mi objetivo es concienciar, no luchar contra entidades concretas. Evito señalar al Gobierno. Mi estrategia no es criticar al Gobierno directamente, sino poner en evidencia actuaciones condenables. Centro también mi trabajo en el calentamiento climático. Este aspecto y el de las condiciones de vida están íntimamente ligados. Lo aprendí al observar la situación en Malasia. Los autóctonos se alimentan de las riquezas de la selva: la miel, la caza. Obtienen también resina y caucho. A cambio, cuidan de ella. Cuando protegen la selva, el calentamiento se frena. Aquí en Camboya los indígenas luchan para que el Gobierno actúe y garantice sus derechos: el del acceso a la tierra, a los recursos naturales; el de tener escuelas, carreteras y hospitales. Si estas cuestiones fundamentales no se resuelven conjuntamente, estallarán graves conflictos».

Su ardor, su energía, su voluntad, Samrith las transmite incansablemente a las familias que conoce, para respaldarlas en la lucha por sus derechos. Basta con observar las miradas captadas por Sessini para leer en ellas una tran-



quila determinación, esa mezcla de serenidad y firmeza que tanto impresionaron al artista. Un rostro de mujer ante el complejo industrial chino Rui Feng, sospechoso de haberse apoderado ilegalmente de 500 hectáreas para plantar caña de azúcar, en la provincia

de Preah Vihear. Rostros de miembros de la minoría kui, en el pueblo de Prame, mujeres y niños, pescadores, escolares, gentes que solo quieren que nada cambie en sus vidas. Mirarlos es una lección de coraje y una fuente de esperanza.

Provincia de Stung Treng (Camboya).
Una mujer bunong vende sus productos en las inmediaciones del mercado de Stung Treng.



Provincia de Stung Treng (Camboya).
Samrith Vaing (a la derecha) visita a una familia bunong reubicada por las autoridades. Debido a la explotación de la selva y a la construcción de embalses por grupos industriales chinos, las comunidades autóctonas son obligadas por el Gobierno camboyano a abandonar sus tierras ancestrales.



Provincia de Preah Vihear (Camboya).
*Cheom Kol vive frente al complejo industrial chino
Rui Feng. Las familias acusan a Rui Feng
International de haber deforestado ilegalmente
cerca de 500 hectáreas para establecer una
plantación de caña de azúcar.*



Provincia de Preah Vihear (Camboya).
*Un niño bunong nada en terrenos inundados
por lluvias torrenciales.*



Provincia de Stung Treng (Camboya).
*Una niña bunong en un campo de
reasantamiento del Estado.*







**Doble página anterior y página
de la izquierda:**
Provincia de Preah Vihear (Camboya).
Niños bunong juegan junto a la carretera.



Provincia de Preah Vihear (Camboya).
Joven bunong pescando.





Páginas a izquierda y derecha:
Provincia de Mondol Kiri (Camboya).
*Niños bunong antes de la misa dominical
en la iglesia cristiana de Laoka.*



Arriba: Provincia de Mondol Kiri (Camboya).
Misa celebrada en la iglesia de Laoka.

Derecha: Prame (Camboya).
Niños kui en el pueblo de Prame.

Doble página siguiente: Anlong Srey
(Camboya).
*Miembros de la minoría indígena kui en el pueblo
de Anlong Srey. Los kui se implican activamente
en la protección de la selva de Prey Lang.*









Provincia de Stung Treng (Camboya).



Arriba: Provincia de Preah Vihear (Camboya).
*Niños, principalmente de la comunidad kui,
en la escuela.*

Doble página siguiente: Provincia de Preah
Vihear (Camboya).
*Familia bunong frente al complejo industrial
chino Rui Feng.*









Izquierda: Prame (Camboya).
Joven kui en el pueblo de Prame.

Arriba: Provincia de Preah Vihear (Camboya).
Vista del complejo industrial chino Rui Feng.

Doble página siguiente: Prame (Camboya).
Niños kui en el pueblo de Prame.







Páginas a izquierda y derecha: Prame (Camboya).
Defensoras de los derechos de la minoría kui.



Doble página siguiente: Provincia de Preah Vihear (Camboya).
Escolares de la minoría bunong al borde de la carretera.





Asma Kaouech

Túnez



por Newsha Tavakolian

Asma Kaouech tiene 25 años. Es jurista. Su padre, profesor de filosofía, le dio un puñado de buenos consejos: no mirar la televisión de Ben Ali; preferir los libros: los de Kant o de Heidegger; estudiar la democracia, las libertades individuales, los derechos de las mujeres. «Me traía muchos libros sobre feminismo», relata la joven tunecina criada en la capital pero originaria del sur del país.

«Desde la infancia me enseñó a ser persona portadora de valores». Ser portadora de valores como quien es portadora de esperanza. Estas pocas palabras singularizan a esta activista cuyo bautismo de fuego se remonta a 2011, dos semanas antes de la revolución que supondría la caída y la salida del poder del dictador Zine el-Abidine Ben Ali. Ciertamente es que Túnez puede apoyarse en miles de Asmas a lo largo y ancho del país, como destaca la fotógrafa iraní Newsha Tavakolian, que la acompañó. Y eso es una riqueza humana notable. Pero esta Asma, por sus palabras, por sus gestos, por su manera de transformar en payasos a niños de la calle sin futuro, es única.

Primero está el dolor de un hombre, Mohamed Bouazizi, cuya inmolación en Sidi Bouzid el 17 de diciembre de 2010, desató una oleada

Ciudad de Túnez (Túnez), agosto de 2017. Asma Kaouech, de 25 años, becaria del Premio Sájarov, dirige Fanni Raghman Anni, una asociación tunecina de defensa de los derechos humanos. Es una de las primeras organizaciones que promovió talleres artísticos para luchar contra la radicalización de los jóvenes.

de protestas sin precedentes, el clamor de todo un pueblo exhausto del régimen policial de Ben Ali y su clan. Sucede que los pueblos, una vez liberados, no siempre saben qué hacer con su libertad. Vino pues, acto seguido, el tiempo del poder confiado a los islamistas del partido Ennahda. Otra penalidad. Pero el tren de la historia estaba ya en marcha, impulsado por una calle que reclamaba una nueva asamblea constituyente, una nueva constitución, finalmente aprobada el 26 de enero de 2014. Asma se muestra feliz: «Este texto garantiza muchos nuevos derechos: la igualdad entre hombres y mujeres; el derecho de los jóvenes a la participación política; o la libertad de conciencia, un avance de primer orden». Como la de muchos de sus compatriotas, su lucha no fue en vano. Sus protestas no fueron en vano. Su encarcelamiento, antes de la revolución, a manos de la policía de Ben Ali, no fue en vano. Asma fue puesta en libertad dos días después, tras haber tenido que prometer lo imposible: no volver a expresar sus opiniones políticas, comprometerse por escrito a no manifestarse, a limitarse a estu-

Ciudad de Túnez (Túnez).
*Jóvenes artistas trabajando con la asociación
Fanni Raghman Anni.*







diar, y a volverse a su casa calladita. «Gracias a Dios llegó la revolución», dice Asma. «Uno de los momentos más hermosos de mi vida. Muchísimas cosas me conmovieron, como esas personas que se organizaban para garantizar la protección de su barrio. Las patrullas. Las mujeres que preparaban las comidas. Nos juntábamos todos, para compartir nuestras historias, nuestras calamidades, nuestras aspiraciones». La sociedad civil lucha contra los islamistas que quieren imponer la religión en las instituciones del Estado. Asma será la única estudiante mujer que logre una beca en

la nueva Asamblea. Quiere ver lo que deciden los diputados. Y estos le espetan: «¡Vete a la playa!». Pero Asma se queda. Es que no conocen a Asma la testaruda. Y es en ese momento cuando Asma, junto con un puñado de activistas, crean Fanni Raghman Anni (FRA), literalmente, «artista a mi pesar». Una revolución dentro de la revolución. La expresión oral, los cuerpos en movimiento, que se expresan, que luchan. «Durante las sentadas y las manifestaciones, empezamos a utilizar el teatro de calle, el arte y la cultura como nueva táctica para defender los derechos humanos,

Ciudad de Túnez (Túnez).
Un grupo de niños y adolescentes en el Museo Nacional del Bardo durante un taller de prevención de la radicalización. Un amigo de la infancia de Asma Kaouech estaba entre los asaltantes del museo en el ataque terrorista

de 2015. Ello supuso una verdadera toma de conciencia para la joven. Ahora organiza visitas para jóvenes en el lugar del atentado, para recordar la historia del país y los trágicos sucesos de 2015. Las visitas cuentan siempre con la presencia de un psicólogo.

Asma Kaouech

para atraer la atención de la gente». Simple movimiento nacido en 2011, FRA se convertirá dos años más tarde en asociación, tras haber ensayado sus prácticas anarquistas en los cafés. «Nuestra misión principal era luchar contra la marginación de los más pobres, en las regiones interiores, en los barrios, junto a los jóvenes», explica la jurista fogueada en este combate callejero en que puede convertirse el arte oratorio, la mímica, el gesto que interpela. Un combate pacífico para que todos puedan reconocerse en el otro, en sus debilidades, en sus esperanzas, en su rabia, en su angustia. Tres acciones se desarrollan en paralelo: la organización de talleres en todo Túnez, de quince días de duración, que agrupan a treinta jóvenes para que «actúen» en torno al tema de los derechos humanos; representaciones artísticas sobre el mismo tema, organizadas con actores profesionales; y actividades en los campos de refugiados de Jordania, Turquía y Líbano para ofrecer a las poblaciones marginadas una aportación social, cultural y humanitaria. Con esta experiencia sobre el terreno, es lógico que Asma orientara su acción hacia la prevención de la radicalización. «Túnez es el primer exportador de jóvenes yihadistas», destaca la joven. «Nuestro proyecto se llama “We Are Here”. Los derechos humanos están vinculados a la paz. Debemos pues preservar la paz mediante este trabajo de base. Tenemos un despacho en el centro de la ciudad de Túnez, donde trabajo prácticamente a tiempo completo. Somos cinco empleados de entre 20 y 29 años. Recibimos financiación de las Naciones Unidas y de la Unión Europea». Prevenir la radicaliza-

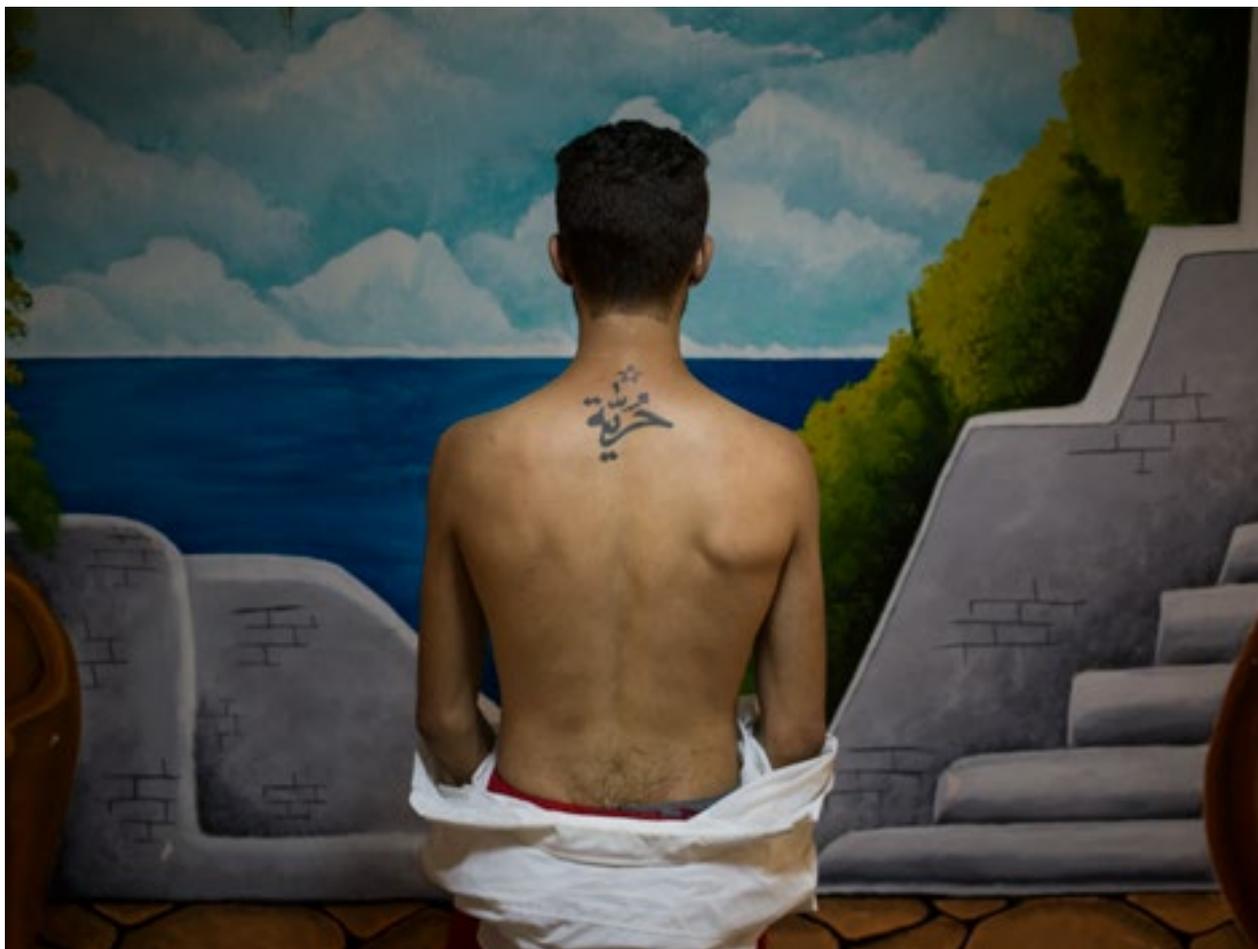
ción. Estas palabras resuenan con fuerza en los labios de Asma. «Nuestro despacho fue incendiado en 2014, en el aniversario de la revolución. Me sentí en peligro. Varios “artistas” fueron también agredidos por salafistas en el escenario. Los artistas fueron enviados a prisión; los salafistas siguen libres».

Es un tema sensible. Túnez ha padecido en los últimos años una serie de atentados sin precedentes en su historia, como el del 26 de junio de 2015, cuando un terrorista vestido de veraneante, con su kalashnikov oculto en la sombrilla, mató a sangre fría a 39 personas en Sousa e hirió a otras tantas. El 18 de marzo del mismo año, en el Museo del Bardo, en la ciudad de Túnez, ya habían perecido 21 turistas bajo las balas asesinas. Y el 24 de noviembre de 2015 un autobús de la guardia presidencial fue el nuevo blanco de los terroristas. Tres atentados reivindicados por el Dáesh, más un cuarto, el más sangriento, el 7 de marzo de 2016, en Ben Guerdane, junto a la frontera libia, que se cobró una cincuentena de víctimas mortales, entre las cuales treinta yihadistas.

Asma y sus amigos conocen todos los detalles de estas tragedias. Con sus acciones entre los jóvenes parados tentados por la delincuencia o al borde de la radicalización, intentan erradicar estas pulsiones mortíferas solo comparables a su desesperación. El objetivo de Newsha Tavakolian ha sabido captar a la perfección las luces y sombras de este planteamiento vital. Las luces son estos jóvenes conducidos por Asma al Museo del Bardo para que experimen-

ten, a través del arte del mosaico, la grandeza y el orgullo de su historia. Sin Asma, sin su mano tendida, jamás estos olvidados habrían acudido a este lugar de luz. Como si les fuera ajeno o les estuviera vedado. Las luces son también esta energía que emana de los rostros pintados y de los cuerpos proyectados en el teatro improvisado en una esquina o en un parque de la ciudad, para compartir con un público curioso la historia de sus vidas, sus penalidades, sus angustias, las humillaciones sufridas que les despiertan el odio hasta el punto de querer matar o matarse, como hizo Mohamed Bouazizi. Las luces son, por último, esos dibujos realizados por los mismos marginados, cuando Asma y su equipo les piden que dibujen la casa de sus sueños. «He comprendido que la radicalización no tiene nada que ver con el islam», insiste la fotógrafa. «Estos jóvenes son presos de la ira; se sienten excluidos de la prosperidad. Su frustración viene de la falta de salidas; la única es el trapicheo con drogas. Las oportunidades, la seguridad material, no van con ellos. Dibujan mansiones para denunciar las desigualdades y las injusticias de las que se sienten víctimas». El ejercicio es instructivo. Algunos añaden una casa aislada de las demás, como para subrayar que ellos se sienten apartados

y que no llegarán nunca a formar parte de la sociedad. Con los rotuladores guardados, los miembros de la asociación provocan el debate, explican, escuchan, tranquilizan. Los jóvenes pueden expresar libremente sus sentimientos sin sentirse juzgados o reprobados. Se trata de prevenir mediante la benevolencia y la empatía, valores que dejaron huella en Newsha a lo largo de todo su reportaje con Asma. Las sombras son esos rostros de jóvenes amenazados por la radicalización. Hombres o mujeres, sus miradas son síntomas de desesperación. Sus expresiones, ora resignadas, ora pasivas o interrogantes, son bien conocidas por Asma. Y es para borrarlas por lo que Asma, junto con otros jóvenes, lucha por la libertad de expresión en Túnez, para que estos excluidos encuentren por fin más razones para vivir que para morir o matar. «Estoy muy orgullosa de la juventud tunecina», insiste la joven, que hace suyos los objetivos de la revolución: «Dignidad, libertad, trabajo». La esperanza no la abandona. ¿Acaso no recibieron cuatro organizaciones de la sociedad civil tunecina el premio Nobel de la Paz, en 2015, por su papel protagonista en el éxito del diálogo nacional? «Nos hemos convertido en un referente en el país», dice Asma, pletórica. El futuro de Túnez es halagüeño.



Ciudad de Túnez (Túnez).

Un artista de la compañía dirigida por Fanni Raghman Anni muestra su tatuaje con la inscripción «Libertad» en árabe.

Doble página siguiente: Ciudad de Túnez (Túnez)

Mujeres mayoritariamente procedentes de los barrios más pobres de Túnez observan a los jóvenes artistas en un espectáculo callejero.







Páginas a izquierda y derecha, doble página siguiente: Ciudad de Túnez (Túnez). *Espectáculo callejero ofrecido por los jóvenes artistas coordinados por la asociación Fanni Raghman Anni. La obra trata de la revolución de 2011 y de los subsiguientes episodios de violencia.*









Ciudad de Túnez (Túnez).
Asma supervisa un taller de teatro.



Ciudad de Túnez (Túnez).
Joven artista ensayando.

Ciudad de Túnez (Túnez).
Joven tumbado en la rama de un árbol. Sin empleo y sin perspectivas de futuro, algunos jóvenes se orientan hacia los grupos islamistas radicales.







Ciudad de Túnez (Túnez).
*Asma y un adolescente en el Museo Nacional
del Bardo.*



Ciudad de Túnez (Túnez).
Vista de la ciudad vieja.



Páginas a la izquierda y arriba a la derecha:
Ciudad de Túnez (Túnez).
*Un autobús lleva a niños y adolescentes
de familias modestas de visita al Museo Nacional
del Bardo.*

Página de la derecha, abajo: Ciudad de Túnez
(Túnez).
*Retrato del opositor político tunecino Chokri
Belaïd, bajo un puente en el centro de la ciudad.*





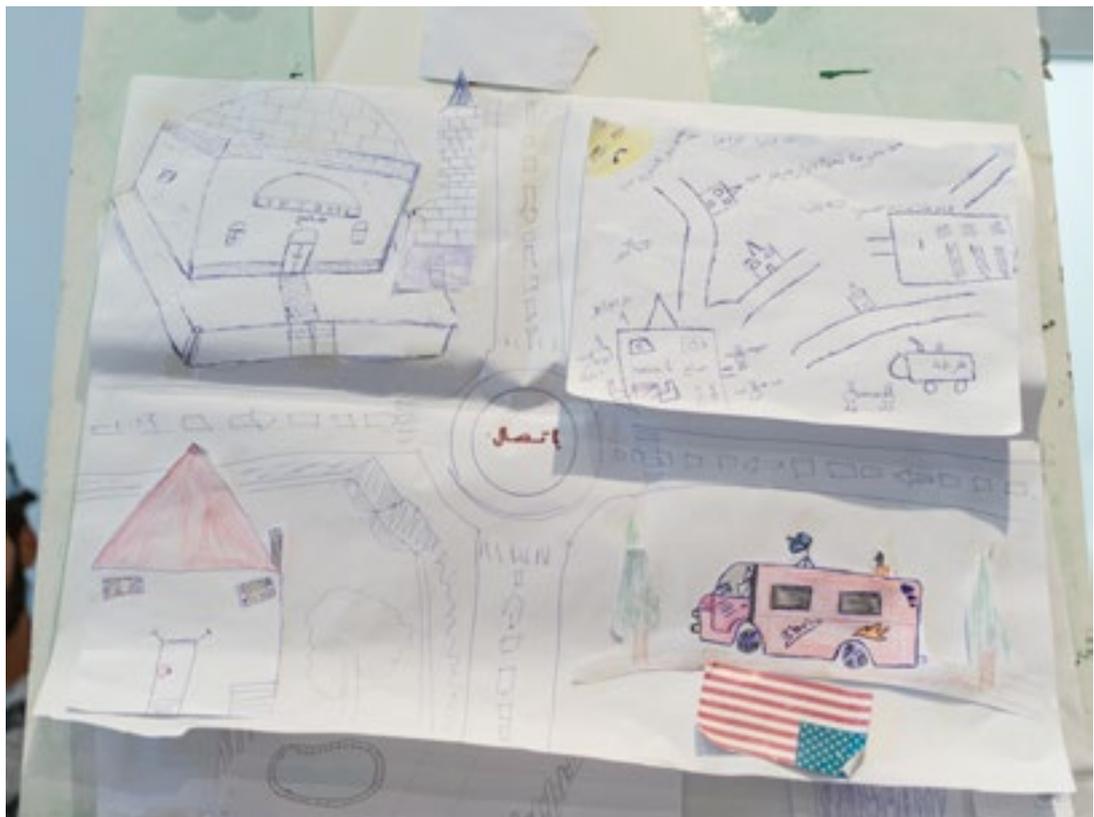


Ciudad de Túnez (Túnez).
En la medina.

Ciudad de Túnez (Túnez).
*Un adolescente en el Museo Nacional del Bardo
durante uno de los talleres organizados por la
asociación de Asma Kaouech.*









Páginas a izquierda y derecha:

Ciudad de Túnez (Túnez).

Jóvenes participantes en uno de los talleres organizados por la asociación Fanni Raghman Anni. Se les pide que dibujen la casa de sus sueños. Después intercambian sus ideas y se les anima a expresar lo que sienten. La mayoría de ellos han representado casas de gran tamaño, denunciando con ello las desigualdades y las injusticias sociales de que se sienten víctimas. Uno de ellos ha dibujado una casa donde se encuentra solo. Otro dice: «No puedo imaginarme una ciudad ideal, porque ni yo mismo sé qué aspecto tendría, ni siquiera en sueños».



Páginas a izquierda y derecha:
Ciudad de Túnez (Túnez).
*Retratos de jóvenes participantes en los talleres
organizados por Fanni Raghman Anni.*

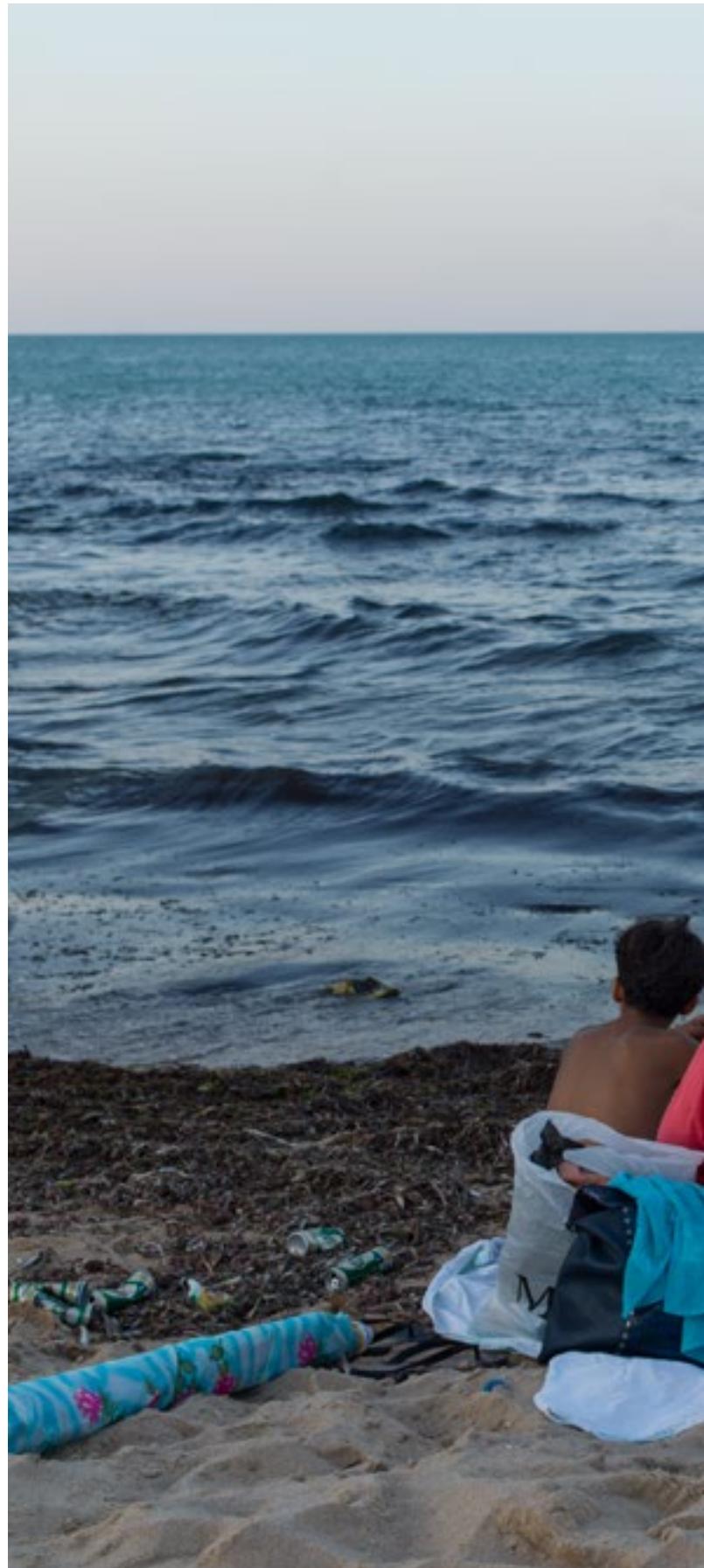


Doble página siguiente:
Ciudad de Túnez (Túnez).
*Asma Kaouech durante una manifestación contra
la corrupción en el mundo de la política.*





La Marsa (Túnez).
*Una familia en la playa de La Marsa, al noreste
de la capital.*





Ameha Mekonnen

Etiopía



por Enri Canaj

No vamos a andarnos con rodeos: el terror reina en Etiopía. La coalición que detenta el poder desde hace un cuarto de siglo viola los derechos humanos como ya ocurriera en la época del siniestro terror rojo, la dictadura marxista-leninista del coronel Mengistu y su junta militar, a finales de los años ochenta. Este clima irrespirable, el miedo que atenaza, la sensación de ser constantemente perseguido y amenazado es el día a día de Ameha Mekonnen, abogado de 45 años que libra la batalla solo, o casi, contra todos.

Porque en Etiopía no son legión quienes están dispuestos a defender las libertades más inconcebibles para un régimen autoritario: la libertad de pensamiento, la de expresión, la de criticar, la de decir no. Albert Camus consideraba que un estadio de fútbol lleno hasta la bandera, el escenario de un teatro o los talleres de un periódico eran los únicos lugares del mundo donde uno se sentía inocente. A Ameha, que no es culpable de nada, no le quedan sino cuatro lugares para sentirse seguro: su coche, su despacho en el Human Rights Council —única asociación independiente de defensa de los derechos humanos en Etiopía—, un hotel familiar de Adís Abeba

Adís Abeba (Etiopía), agosto de 2017.
En el despacho de Ameha Mekonnen, abogado defensor de los derechos humanos y becario del Premio Sájarov.

y su casa, entre los suyos, con su esposa jurista y sus hijas de 7 y 4 años.

El fotógrafo albanés Enri Canaj, que le siguió durante seis días, pudo comprobar hasta qué punto arriesga Ameha en su actividad. «He querido mostrar el espíritu que él encarna para todas las personas a quienes defiende y que consigue sacar de prisión: blogueros, periodistas... Verle trabajar da una energía increíble. Pero también he querido mostrar su vida, su lucha diaria, las dificultades a que se enfrenta. Al ayudar a personas en peligro, él mismo se pone en peligro». Enri no pudo trabajar como habría querido. Para fotografiar a Ameha tuvo que conformarse con espacios cerrados, ya que captar imágenes en lugares públicos era impensable. Los dos hombres se comunicaban por teléfono raras veces





Adis Abeba (Etiopía).
*Natnael Feleke y Getachew Shiferaw, blogueros
del colectivo Zona 9.*

y con suma discreción. Ameha estaba muy nervioso. También lo estaba Enri, que debía disimular el verdadero motivo de su presencia, aduciendo incluso que había ido a Etiopía para fotografiar animales. Ameha le dijo que, poco antes, había organizado una operación de colecta de fondos para su asociación en un hotel de la capital. Todo estaba listo cuando de repente irrumpió la policía y desbarató la operación.

Aun así, Ameha no se esconde de las autoridades, algo que provoca la admiración de Enri. El fotógrafo pudo conocer a cinco de los nueve blogueros y periodistas que estuvieron en prisión durante más de un año. Ameha los sacó de allí, pero a su salida no tenían ni trabajo ni medios de subsistencia. Ninguna empresa quería contratarlos, aun siendo falsas las acusaciones de terrorismo contra ellos. El régimen ve con malos ojos que se tienda la mano a estos exreclusos. Al fotógrafo le relataron sus terribles condiciones de encarcelamiento, en minúsculas celdas sofocantes. Ameha también presentó a Enri una joven bloguera del colectivo Zona 9, encarcelada y maltratada durante catorce meses. «Ameha decidió en seguida defenderla», destaca el fotógrafo. «Pensó en sus hijas. No soportaba la idea de que algún día pudieran conocer una suerte semejante. Su familia es su columna vertebral. Es ella la que le alienta, la que le motiva para desempeñar su labor con fervor. A través de mis imágenes he querido reflejar todo eso: su coraje, sus valores, sus inquietudes y sus temores, su dedicación como abogado pero también como padre». Aunque frustrado por

no haber podido inmortalizar a este hombre en imágenes exquisitas, por motivos de seguridad, Enri sí quedó marcado por una escena: un día en que Ameha iba al encuentro de los miembros de su consejo, el ascensor se estropeó. Ameha camina siempre con un bastón en la mano. Ese día tuvo que subir escalón a escalón, lentamente y paso a paso, con la contera de su bastón golpeando el suelo. «Es una metáfora perfecta de su lucha por los derechos humanos».

La valentía de este defensor de las libertades fundamentales no es una palabra vacía. Desde noviembre de 2015 el país vive graves disturbios, violentamente reprimidos por el poder central que detentan los tigrés, una etnia minoritaria en Etiopía. Los oromos, que constituyen la etnia mayoritaria, se oponen a la expropiación de sus tierras en beneficio de empresas extranjeras. La represión gubernamental a estas protestas, según Amnistía Internacional, se ha saldado con 800 víctimas mortales, amén de detenciones arbitrarias de miles de manifestantes. La situación empeoró a partir del 9 de octubre de 2016, fecha en que el Gobierno decretó el estado de urgencia. Reconducido en marzo de 2017, el estado de urgencia fue finalmente suspendido el pasado 4 de agosto. Pero entretanto más de 30 000 personas habían sido detenidas, entre ellas numerosos periodistas y líderes opositores. Los escasos activistas que hacen declaraciones en la prensa prefieren mantener el anonimato. Los expresos conservan el recuerdo de tratos degradantes. «Los policías, no contentos con golpearles,



Adís Abeba (Etiopía).
*Ameha Mekonnen de camino a su despacho,
en el distrito de Bole.*



Adís Abeba (Etiopía).
*Ameha Mekonnen se dirige a un restaurante
próximo a su lugar de trabajo.*

les obligaban a arrastrarse por la grava como serpientes, a mirar fijamente al sol, a saltar como canguros, con los pies juntos, cientos de metros», ha escrito el bloguero etíope Seyoum Teshome, un testimonio recogido por Émeline Wuilbercq en *Le Monde Afrique* del 26 de mayo de 2017. ¿Sus delitos? Haber denunciado la corrupción del Estado al más alto nivel, o el tráfico de tierras en detrimento de los excluidos. Haber protestado contra las desigualdades escandalosas y la degradación de las condiciones de vida de los más pobres. Aunque Ameha critica al Gobierno, no cae en la tentación de fustigarlo en términos de antagonismos étnicos que opondrían los tigrés, en el poder, al resto de etnias. «Esta visión es contraria a mis convicciones», insiste. «Para mí, el pueblo y el grupo dirigente forman dos entidades diferenciadas».

Para este hombre de pundonor, es un partido reñidísimo. Tras su sincera humildad —«hay muchos defensores de los derechos humanos que merecen mucho más reconocimiento que yo»—, este abogado se obstina en no retroceder un milímetro frente a las intimidaciones y los peligros latentes. Sus convicciones las afirma sin rodeos: «Lucho por la libertad de expresión. Lo que está pasando en mi país es muy grave. Sobre el papel nuestra constitución es perfecta en lo que a derechos humanos se refiere. Pero nuestro Gobierno no se siente interpelado por este texto. Los miembros de nuestra asociación son constantemente acosados, y tres de ellos están actualmente en prisión. La definición del terrorismo en Etiopía es la más amplia del mundo, hasta

donde yo sé. ¡Para el poder establecido, todos somos terroristas en potencia! Por ejemplo, periodistas o líderes de la oposición cuyo único delito es sostener opiniones contrarias a las del Gobierno. Yo también podría acabar en la cárcel simplemente por estar hablando ahora con usted. Vivo permanentemente bajo esta amenaza. Pero no renuncio a expresarme públicamente para denunciar irregularidades. Voy más allá de mi trabajo de jurista. Quiero que la más mínima violación de los derechos llegue a conocimiento de la opinión pública».

Un hombre lúcido. Un hombre que conoce a la perfección sus casos, que juega constantemente con fuego para defender a sus clientes. La mayor parte de ellos están en la cárcel. Ameha va a visitarlos y hace valer incansablemente sus derechos. Algunos son británicos, alemanes, noruegos... Nada de lo que hace Ameha sería posible sin la estructura del Human Rights Council que, pese a sus escasos medios, cuenta con tres abogados entre sus cinco miembros permanentes. «Lo que hago es legal», insiste en destacar Ameha, «pero tampoco flaqueo a la hora de hacer valer los derechos de mis defendidos». Un eufemismo para decir que sus métodos «de choque» podrían granjearle algún día serios problemas. Pero Ameha persiste. Es su misión. Su razón de vivir es que en Etiopía no se muera de miedo o de desespero. Que no se muera de malos tratos, por arbitrariedad. Que no se tenga que morir por las ideas.

El compromiso de Ameha con los derechos fundamentales nació en 2006. Por aquel





Adís Abeba (Etiopía).
Reunión de blogueros del colectivo Zona 9. De izquierda a derecha: Natnael Feleke, 30 años, encarcelado durante un año y medio; Atnaf Berahane, 28 años, detenido en 2014 y encarcelado durante 1 año y 5 meses; Mahlet Fantahun, 33 años, detenida en 2015 y encarcelada durante quince meses; Getachew Shiferaw, periodista de 32 años, detenido en varias ocasiones y cuyo caso todavía está pendiente.



entonces era jurista al servicio del Gobierno. Un día las autoridades quisieron sancionar injustamente a un eminente profesor por el contenido de sus clases. Ameha se negó a colaborar. Su rebeldía le valió numerosas vejaciones y represalias, como por ejemplo la prohibición de proseguir con sus estudios de derecho y obtener un máster. Pero su decisión estaba tomada. Ameha dimitió de sus funciones para dedicarse en exclusiva a la defensa de los perseguidos por delitos de opinión. «No soy político», precisa. «Hoy, treinta y seis personas acusadas de terrorismo dependen de mí. En el Human Rights Council, donde tra-

bajo como voluntario, estoy al frente de tres instancias: la comisión de captación de fondos, el comité de relaciones con el extranjero y la comisión para la educación en derechos humanos». Pese a todas estas responsabilidades, Ameha permanece con serenidad en medio de los suyos. En la mirada de sus hijas ve el futuro de su país. Un futuro que él quisiera pacífico, feliz, tranquilo. «Tengo muchísimas esperanzas. Por eso me quedo en Etiopía». Y una vez más insiste: «No merezco este reconocimiento».



Izquierda:
Adís Abeba (Etiopía).
En su despacho de abogado.

De izquierda a derecha y de arriba a abajo:
Adís Abeba (Etiopía).
En las oficinas del Human Rights Council, retratos de personas asesinadas y heridas por las autoridades. A día de hoy, sigue sin haber procesados por estos crímenes.

En el despacho de Ameha Mekonnen. En 2015 Ameha se une al Human Rights Council como vicepresidente. La divisa de la asociación: «Todos los derechos humanos para todos».

Ameha Mekonnen y uno de sus colegas en los locales del Human Rights Council.



Adís Abeba (Etiopía).
Mahlet Fantahun y Atnaf Berahane.



Adís Abeba (Etiopía).
Vista de la ciudad.





Adís Abeba (Etiopía).
Natnael Faleke pasó un año y medio en prisión. «Soy afortunado», dice. Después de su liberación encontró trabajo. Una etapa que plantea muchas dificultades a los otros blogueros.



Páginas a izquierda y derecha: Adís Abeba (Etiopía).
Ameha Mekonnen en la azotea del edificio del Human Rights Council.



Doble página siguiente: Adís Abeba (Etiopía).
*Ameha Mekonnen en las afueras de Adís Abeba
a última hora de la tarde.*







Adís Abeba (Etiopía).
*El traje de Ameha Mekonnen colgado en el
armario de su habitación.*



Adís Abeba (Etiopía).
Ameha Mekonnen y sus hijos miran la tele.

Doble página siguiente: Adís Abeba (Etiopía).
La familia de Ameha en el patio de su casa un domingo por la tarde.





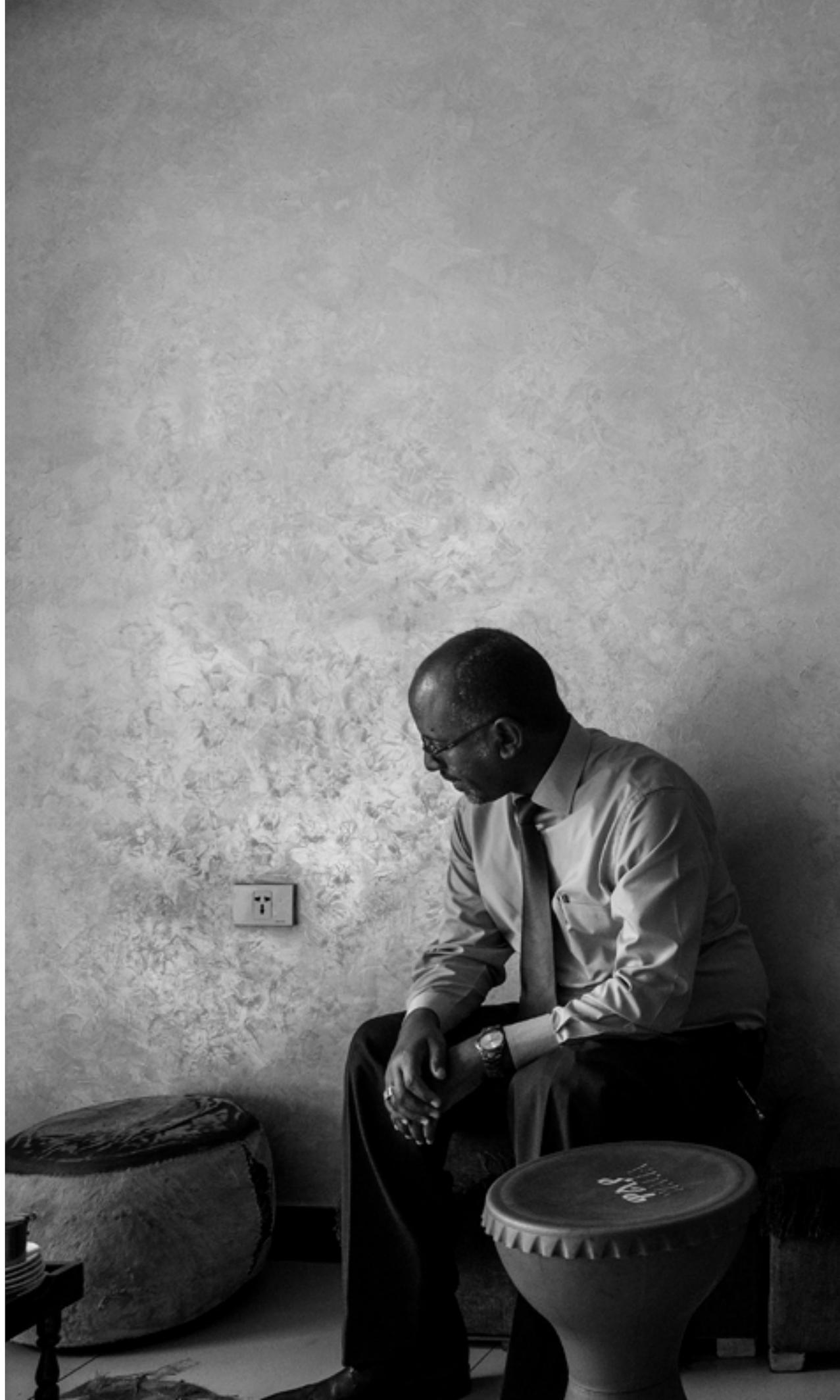
Adís Abeba (Etiopía).
En el salón de Ameha Mekonnen.





Adís Abeba (Etiopía).
*Ameha, su mujer y su hija menor durante
una comida familiar.*

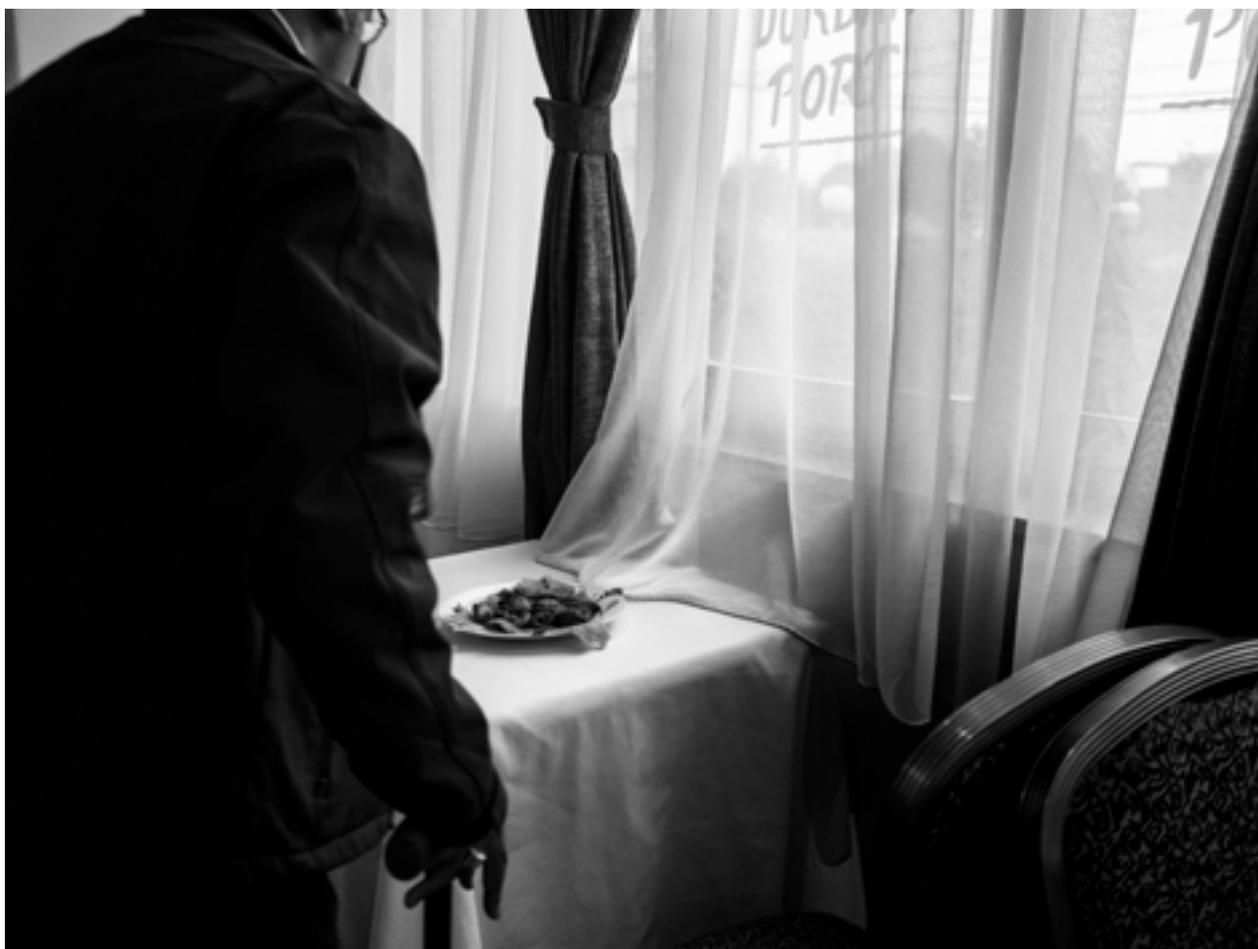
Doble página siguiente: Adís Abeba (Etiopía).
*Ameha Mekonnen durante su pausa
del almuerzo, en un restaurante próximo
a su despacho.*







Adís Abeba (Etiopía).
*Ameha Mekonnen de camino a su despacho
en su vehículo, en el distrito de Bole.*



Adís Abeba (Etiopía).
*Ameha Mekonnen en un hotel familiar que
conoce bien: uno de los pocos lugares donde se
siente seguro.*

Doble página siguiente: Adís Abeba (Etiopía).
*En la azotea del edificio del Human Rights
Council.*





Jadranka Miličević

Bosnia y Herzegovina



por Bieke Depoorter

Para tomar contacto con Jadranka Miličević, para comprenderla y captar la hondura de su compromiso, hay que recordar primero el infierno del que viene. Un infierno que cabe en unas cuantas palabras que provocaron más de 200 000 muertos. Asedio de Sarajevo, matanza de Srebrenica. Guerra de los Balcanes. Martirio de Bosnia y Herzegovina en el tiempo del despertar mortífero de los nacionalismos, sobre los escombros de la antigua Yugoslavia.

Un episodio entre los más sangrientos de la segunda mitad del siglo XX, tras la caída del Muro de Berlín y del comunismo soviético. No nos cansaremos de recordarlo: entre 1992 y 1995, a dos horas de vuelo de París y Berlín, es decir, a nuestras mismas puertas, permaneció activo un foco de barbarie que Europa fue incapaz de extinguir por sí sola, hasta el punto de tener que ceder a Estados Unidos la iniciativa de los acuerdos de paz de Dayton, Ohio (EE UU), firmados en diciembre de 1995 para poner fin a los combates interétnicos. Es una de las primeras cosas que sorprendieron a Bieke Depoorter, la fotógrafa que fue al encuentro de Jadranka, de 60 años. Jadranka habla, habla y habla. Nunca deja de hablar, de contar, de recordar, convencida de que una de las maneras más eficaces de luchar por la

Sarajevo (Bosnia y Herzegovina), agosto de 2017. Jadranka Miličević, activista pro derechos humanos y becaria del Premio Sájarov, de visita a la vivienda de una familia rom.

paz es recordar los horrores padecidos. Los horrores fueron ayer. Hace menos de veinticinco años. Apenas una generación. Y la idea de que todo podría empezar de nuevo si no se tiene cuidado, si no hay voces que repitan hasta la saciedad lo que ocurrió en este trozo de los Balcanes. Miles de mujeres violadas, miles de hombres, mujeres y niños desplazados a la fuerza, agredidos, aniquilados. Una limpieza étnica a gran escala en nombre de una depuración racial de otro tiempo. Excesos por todas las partes, perpetrados por grupos paramilitares y por milicias privadas, por civiles contra civiles, por hermanos contra hermanos, como bestias. Claro que sí: Jadranka habla sin parar, un auténtico torrente de palabras. Jadranka cree en la fuerza de la palabra contra la inercia del olvido. Compartir historias, transmitir las una y otra vez, es impedir que desaparezcan de la memoria colectiva. Hoy el destino combativo de Jadranka se relata en siete libros y dos películas. ¿Culto a la perso-



očekivanje za život

očekivanje za život

BELIEVE
anything
is possible

Volim te!



Doble página anterior:
Vareš (Bosnia y Herzegovina).
Elda Šišić, la hija de Lejla Omerović.

nalidad? Nada más lejos. Para Jadranka es una manera de actuar, de hacer más creíble su empeño por la virtud del ejemplo.

En 1992, en vísperas del conflicto, Jadranka vive en Sarajevo. Una vida normal, con su marido y sus dos hijos. «Yo trabajaba en un banco, pertenecía a la clase media. Al principio mismo del conflicto, dejé Sarajevo para refugiarme en Serbia. Empecé a defender activamente los derechos humanos desde el momento mismo en que me convertí en refugiada. No quería esperar a que nadie viniera en mi ayuda. Quería ser yo la que ayudara a los demás. Debo decir que me fui de Sarajevo con un sentimiento de culpa. Allí había dejado a mi marido». En diciembre de 1992, en Belgrado, Jadranka se unió a la organización feminista y pacifista «Women in black». El inicio de una lucha que ya no cesaría. «Entonces empecé mi nueva vida», recuerda Jadranka. «La única vida que amo. Con la sensación de que había perdido treinta años, los treinta primeros años de mi existencia». En «Women in black» Jadranka establece contactos con otras «guardianas de la paz» de Italia, España, Alemania y Hungría. Juntas, crean redes de ayuda mutua para apoyar a las mujeres maltratadas. Recopilan e intercambian las experiencias de las que viven en las zonas de conflicto, como Bosnia o Croacia, y a las que Jadranka llama sus «amigas». «Realizamos obras en inglés, ilustradas con testimonios». Siempre la misma obsesión, el mismo *leitmotiv*: publicar para no olvidar, hablar para preservar la paz. Es así como Jadranka participa en la fundación de CURE Sarajevo, una

organización no gubernamental feminista y activista cuyo objetivo es promover la igualdad entre hombres y mujeres y hacer evolucionar en positivo la sociedad por medio de programas educativos y culturales. Jadranka colabora en la creación de secciones locales de CURE e imparte formaciones para permitir a las poblaciones locales atender ellas mismas a sus necesidades materiales. Así, en pequeños grupos, se aprende a vender miel o almohadas perfumadas con lavanda, se intercambian consejos o herramientas para subsistir en un entorno donde, incluso después de la guerra, las mujeres son consideradas un cero a la izquierda. En particular las mujeres rom. Es esta realidad de sufrimiento la que llevará a Jadranka a unirse a CARE, otra ONG enteramente dedicada a la ayuda a estas mujeres discriminadas.

CURE y CARE: la existencia de Jadranka gira en torno a estas dos organizaciones que dinamiza, en particular en Bosnia, Serbia y Montenegro. Militante al 100 %, 24 horas al día. Cero vida personal, cero vida privada. No hay sitio más que para sus actividades sobre el terreno, de formación, de elaboración de proyectos y convenios para obtener muy en particular las ayudas de la Unión Europea. «No vemos nunca a nuestra madre», confiesa uno de sus hijos. Siempre de viaje para dirigir talleres. «Es su vida», insiste Bieke Depoorter. «Es lo único que cuenta. A los que ayuda no quiere llamarles “beneficiarios”. La mayoría de ellos acaban siendo sus amigos». Podríamos considerarlos su segunda familia, por no decir su verdadera familia. «Juntas salimos de Sarajevo para

Vareš (Bosnia y Herzegovina)

Jadranka Miličević

Jadranka visita a Lejla Omerović, que vive en un pueblo aislado cerca de Vareš. En 2014 la casa de Lejla quedó parcialmente destruida por una inundación. La fundación CURE la ayudó recaudando dinero para repararla, pero aún no es suficiente para empezar las obras.



hacer un recorrido por toda una serie de pueblos de los alrededores», añade la reportera. «Era muy importante para Jadranka. Quería que la fotografiara en estos lugares. Todos los años, a finales de julio, Jadranka va también a Srebrenica con numerosos socios de la fundación CURE y de Women in black para visitar el memorial a las víctimas. Quiere preservar a toda costa la memoria de las atrocidades». Jadranka lo confirma con gravedad: «Quería enseñar estos lugares a Bieke. Personas que conozco perdieron aquí a toda su familia. Uno de mis amigos perdió a cincuenta y seis de los suyos». Fue gracias a la iniciativa de mujeres

como Jadranka que el memorial de Srebrenica-Potočari vio la luz en 2003, ocho años después de la matanza. «Intentamos animar al Gobierno a que cree lugares de memoria. Ayudamos también a las mujeres solas, viudas de guerra, para que defiendan sus derechos. Y por supuesto buscamos los cuerpos de los desaparecidos. En el memorial de Srebrenica-Potočari figuran 8 372 nombres en la lista de víctimas, pero solo 6 800 cuerpos han podido ser localizados e identificados. Las viudas y las madres siguen esperando despedirse de sus seres queridos como es debido. Aún después de todos estos años, la situación es



muy dolorosa. ¿Cómo volver a una vida normal cuando faltan todos estos muertos?».

Para Depoorter, este reportaje no ha sido sencillo. Bieke respeta y admira profundamente a Jadranka, su compromiso militante constante, su manera de reivindicar un feminismo indomable, su obstinación en restituir poder a las mujeres y permitirles tomar las riendas de su vida, ser autónomas, disfrutar de

derechos plenos. Con todo, la fotógrafa tuvo que adaptarse a aquello que Jadranka quiso dejarle ver. Allá donde viaja, ya sea en Estados Unidos ya en el Egipto sumido en turbulencias revolucionarias, Bieke intenta establecer una relación íntima con las personas que capta con su objetivo. Para Bieke, la fotografía es una conversación. «La relación con las personas es fundamental», afirma. «A menudo no quieren fotos. En Bosnia intenté explicar

mi propósito a Jadranka, porque ella temía que mostrara la pobreza de sus viviendas. La última noche pude hacer lo que quería. Es lo que más me ha gustado. Sentarme en la cama de las personas que me recibían. Estar a solas con una familia. Crear un clima de confianza propicio a la confianza».

Las fotos de Bieke no están faltas de humanidad. Es Leila, que vive aislada en un pueblo. Violada durante la guerra, agredida físicamente por su marido, abandonada por su familia, su vida es una dura prueba. «Su coraje le dio la fuerza para ser feliz hoy», recalca Jadranka, desbordante de afecto por esta joven. A través de CURE, Jadranka le ofreció un apoyo indispensable en forma de una máquina de coser, que hoy le permite fabricar y vender su pro-

ducto artesanal. En 2014 la casa de Leila se inundó. La ONG de Jadranka intervino de nuevo para socorrer a la joven y alejarla de una precariedad siempre amenazante. Es el día a día de esta mujer infatigable. Ya sea en Sarajevo, ya en Serbia o Montenegro, Jadranka se vuelca en ayuda de las mujeres rom desde CARE. A las cinco de la tarde, terminada su primera jornada, empalma con sus actividades para CURE. «Hemos ayudado a 15 000 mujeres rom y rumanas hasta la fecha. Hemos hecho posible que fueran al médico, que les hicieran mamografías. Recaudamos fondos para financiar escuelas, para permitir a los más desfavorecidos conservar sus viviendas». Mientras sus fuerzas se lo permitan, Jadranka seguirá este ritmo. «Ser activista, ocuparme de los demás, es lo que me ha permitido seguir viva», concluye.



Vareš (Bosnia y Herzegovina).
Elda Šišić, la hija de Lejla Omerović.



Doble página siguiente: Visoko (Bosnia y Herzegovina).
La casa de Mirsada Bešić es la única de la zona que dispone de agua corriente. Sus vecinos acuden para abastecerse.







Visoko (Bosnia y Herzegovina).
Harun junto a la vaca de la familia Bešić.



Vareš (Bosnia y Herzegovina).
Lejla Omerović y su familia en un campo.





Sokolac (Bosnia y Herzegovina).
Jadranka conversa con una joven feminista, Jovana Boljanić, y el padre de esta, Bogdan. Jovana y Jadranka se conocieron en uno de los talleres coordinados por esta última. Jovana es la impulsora de Art Queer, una organización de activistas. Al principio Jovana tenía que ir a las reuniones en secreto por ser su padre y su hermano contrarios a su activismo. Actualmente el padre de Jovana la apoya más y ha autorizado por primera vez a Jadranka a visitar la casa familiar.

Doble página siguiente:
Sokolac (Bosnia y Herzegovina).
Jovana Boljanić en su habitación, el lugar donde puede ser ella misma. Allí guarda gran cantidad de cosas, como por ejemplo su bandera con los colores del arco iris, que a pesar de todo sigue ocultando a su padre y a su hermano.



SAVEZ









Doble página anterior: Sokolac (Bosnia y Herzegovina).
Jovana lleva su delantal rojo, en recuerdo de un taller coordinado por Jadranka al que asistió hace ya siete años. Las dos mujeres han seguido en contacto desde entonces. La ciudad natal de Jovana es muy conservadora. Jovana afirma ser la primera chica en haber vestido vaqueros.

Arriba: Sarajevo (Bosnia y Herzegovina).
Asja, la asistente de Jadranka.



Bosnia y Herzegovina.
*Jadranka en camino hacia el memorial de
Srebrenica-Potočari.*

Doble página siguiente: Srebrenica (Bosnia
y Herzegovina)
*Todos los años Jadranka acude al memorial de
Srebrenica-Potočari con miembros de la
fundación CURE y de la organización Women in
Black para recordar el genocidio.*







Bosnia y Herzegovina.
*Jadranka viaja por Bosnia, Serbia y Montenegro
para coordinar sus talleres.*



Sarajevo (Bosnia y Herzegovina).
Jadranka conversa con Majka Mejra («Madre Mejra»). Mejra perdió a su esposo y a sus dos hijos en la guerra. Su familia fue encarcelada en 1998, y más tarde ejecutada. Mejra lleva años intentando localizar sus cuerpos. Actualmente ayuda a otras familias a encontrar a sus parientes desaparecidos.

Dos doubles páginas siguientes: Kakanj (Bosnia y Herzegovina).
En la casa de Nuna Zemina Vehabović. Nuna impulsó junto con una amiga el proyecto «Center for Mother Hope», que hoy dirige en solitario. Nuna forma parte también del gobierno local y está implicada en la defensa de los rom en Kakanj. Son más de 2 600, que viven agrupados en un barrio de la ciudad.











Encima y en la página de la derecha, arriba:
Kakanj (Bosnia y Herzegovina).
En la casa de Nuna Zemina Vehabović.



Arriba: Sarajevo (Bosnia y Herzegovina).
En la casa de una familia rom.



Kakanj (Bosnia y Herzegovina).
En la casa de Nuna Zemina Vehabović.



Doble página siguiente: Sarajevo (Bosnia y Herzegovina).
Jadranka en su casa.





Defensores de nuestras libertades

por Éric Fottorino

Derechos humanos. Dos escuetas palabras que vienen de lejos. Dos palabras desarmadas para impedir que el ser humano se convierta en su propio depredador. Detrás de esta expresión, ¡cuántos ideales y batallas, cuántos rostros atormentados borrados del mundo de los vivos, cuántos manifiestos, resoluciones, protocolos y pactos, convenios y peticiones, cuántas esperanzas y combates contra la arbitrariedad, cuántos lugares en todo el planeta donde la fuerza del derecho habrá triunfado finalmente sobre el derecho, o el antiderecho, de la fuerza!

Triunfos siempre precarios que, no lo olvidemos, jamás resisten al «nunca más» de los grandes propósitos sin futuro. Y por eso mismo, pese a la solemnidad de los compromisos asumidos por las naciones, el siglo XX fue testigo de reiterados genocidios por más que la Declaración Universal de los Derechos Humanos, desde su mismo preámbulo, anunciara su inflexible vocación: «Considerando que el desconocimiento y el menosprecio de los derechos humanos han originado actos de barbarie ultrajantes para la conciencia de la humanidad, y que se ha proclamado, como

la aspiración más elevada del hombre, el advenimiento de un mundo en que los seres humanos, liberados del temor y de la miseria, disfruten de la libertad de palabra y de la libertad de creencias». De este preámbulo nació el artículo primero, marcado por la huella de Eleanor Roosevelt y del jurista francés René Cassin: «Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos». Tras la Shoah vendrían las matanzas masivas perpetradas por Pol Pot y los jemes rojos en Camboya, el genocidio de Ruanda o las masacres de Srebrenica a manos de soldados serbios contra el pueblo bosnio. Otras masacres en América Latina, Darfur, República Democrática del Congo, Irak, Yemen o Siria —la lista no es exhaustiva— han seguido socavando estos derechos fundamentales de la persona, que la comunidad internacional insiste a toda costa en proclamar como universales, inalienables e indivisibles.

Si tuviéramos que enumerar los grandes abusos del hombre contra sus semejantes, destacaríamos como mínimo tres tipos de represión a gran escala que han coexistido desde el final de la Segunda Guerra Mundial.





Doble página anterior:

Moises Saman. Zawiyah (Libia), 2011.
Militante pro Gadafi muestra un retrato del dictador.

Abajo:

Larry Towell. Gaza (Territorios Palestinos), 1993.
Niños juegan con pistolas de plástico.

En primer lugar el comunismo de Estado, totalitario e imperialista, con el gulag soviético y sus presos, el aplastamiento por Moscú de las insurrecciones en los países satélites de la antigua Unión Soviética —Budapest en 1956, Praga en 1968— o la «revolución cultural» china y su millón de muertos entre 1966 y 1968, sin olvidar la represión de las revueltas estudiantiles de la plaza Tiananmén y las masacres de pacíficos tibetanos. Después, las guerras coloniales que de Vietnam al continente africano diezmaron las poblaciones civiles, haciendo de los niños carne de cañón, convirtiendo a las mujeres en objetos sexuales y empujando a millones de civiles a las rutas del exilio. Las guerras de Vietnam, sin duda, pero también la guerra de Argelia, que en su momento se calificaron como meros disturbios. Por último, las dictaduras latinoamericanas, del Brasil de Vargas al Chile de Pinochet, pasando por la Argentina de la junta militar del general Videla. En los años setenta, estos regímenes fueron ejemplo de las más flagrantes violaciones de los derechos humanos. ¿Quién puede olvidar a esos jóvenes opositores lanzados al mar desde helicópteros, o la lucha infatigable de las Madres de la Plaza de Mayo —rebautizadas por los militares como «Locas de la Plaza de Mayo»— por recuperar a sus hijos secuestrados durante la larga noche argentina? Estas madres-coraje recibieron en 1992 el Premio Sájarov, que celebra este año su trigésimo aniversario.

No hay más que leer los nombres de los galardonados para valorar hasta qué punto la lucha por el respeto de los derechos humanos se







Alex Webb
Puerto Cabezas (Nicaragua), 1992.
Niño de la minoría mosquito.

libra en todos los frentes: respeto a la democracia, garantía de la libertad de pensamiento, lucha contra la tortura y contra la discriminación en todas sus formas, denuncia de las privaciones de libertad arbitrarias por motivos religiosos, raciales, políticos o de orientación sexual. Otorgada en su primera edición a Nelson Mandela y Anatoli Marchenko (a título póstumo), esta prestigiosa distinción no solo traduce la voluntad del Parlamento Europeo de defender los derechos fundamentales, sino que también aspira a apoyar a los hombres y mujeres que todo lo arriesgan por el progreso de las libertades en sus países. Sacar a estas personas a la luz equivale a menudo también a protegerlas de sus enemigos y a ofrecerles apoyo vigoroso y visible, pues defender las libertades y la democracia es en todas las latitudes una actividad peligrosa que muchos activistas pagan con su vida. Entre los galardonados con el Sájarov figuran héroes hasta entonces anónimos que gracias al premio se convirtieron en portavoces de un combate, como el doctor Denis Mukwege, salvador de tantísimas mujeres atrocemente mutiladas en la República Democrática del Congo, o la joven pakistaní Malala Yousafzai, o las jóvenes irakíes yazidíes Nadia Murad y Lamiya Aji Bachar, que escaparon a los peores horrores perpetrados por el Dáesh antes de enarbolar el estandarte de la lucha contra la trata de mujeres. Madres, artistas, un dibujante, activistas de primera línea contra la tortura o por la paz, represen-

tantes de minorías étnicas, e incluso las Naciones Unidas como institución: desde su inicio el Premio Sájarov viene demostrando su eclecticismo y su audacia al distinguir la humanidad de quienes se enfrentan a lo inhumano.

Todos los principales movimientos de protesta surgidos a partir del 2000 nacieron de violaciones de los derechos humanos y de la dignidad de la persona. Acaso las revoluciones árabes no habrían estallado si el 17 de diciembre de 2010, en Sidi Bouzid (Túnez), el joven vendedor ambulante Mohamed Bouazizi no se hubiera inmolado en señal de desesperación y de acusación contra un sistema inicuo implantado por Ben Ali y su clan. Sin su tenderete ni su balanza Bouazizi ya no era nada. El conflicto de Siria halla sus raíces profundas en el suplicio de los chavales de trece años que en las paredes de Damasco escribían «Bachar, lárgate». El presidente sirio se haría tristemente célebre por otras matanzas contra su propio pueblo, llegando a utilizar en ocasiones armas químicas a base de gas sarín para aniquilar a miles de inocentes, como en Goutha en 2013, o cuatro años después en Jan Sheijun en el noroeste del país. El martirio de la ciudad de Alepo a finales de 2016 demostró, por si quedaba alguna duda, la deshumanización de las fuerzas gubernamentales apoyadas por Rusia. Entre las miles de imágenes de la catástrofe, la opinión mundial recuerda las de Anas al-Basha, el «payaso de Alepo», que entretenía a los niños bajo las bombas, y que pereció víctima de un ataque aéreo «en un lugar presa de las más negras tinieblas y los peores peligros», según afirmaría su hermano en el funeral.

Doble página siguiente: **Hiroji Kubota**
Chongjin (Corea del Norte), 1986.
Retrato gigante del presidente Kim Il Sung a la entrada del complejo siderúrgico de Kim Chaek.





El viaje no ha terminado. La República Democrática del Congo es el teatro habitual de hecatombes perpetradas tanto por el ejército regular como por milicias diversas, en medio de una total confusión e impunidad. Agresiones, palizas, secuestros, desplazamientos forzados... No cabe imaginar más violaciones de derechos humanos en los países africanos en que los conflictos armados forman parte de la vida diaria desde hace largos años, de Nigeria a Camerún —bajo el yugo de Boko Haram—, de Mali a Somalia, de Sudán a Chad. Y no olvidemos que al este del Congo, en la región de los Grandes Lagos, desde la Segunda Guerra Mundial han perdido la vida más de seis millones de personas, lo que hace de esta región una de las más sangrientas en la historia contemporánea.

Por lo que respecta a América Latina, es una de las regiones del mundo donde la vida humana vale poco. El llamado «triángulo norte centroamericano» —es decir, Guatemala, Honduras y El Salvador— fue en 2016 una de las regiones más violentas del globo, según el último informe de Amnistía Internacional. «El número de homicidios fue más elevado que en la mayor parte de zonas de conflicto del planeta. El índice de homicidios por 100 000 habitantes de El Salvador fue de 108, uno de los más altos del mundo». Y si bien la situación ha mejorado en Colombia tras el acuerdo alcanzado entre el Gobierno y los guerrilleros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), prueba de que la reconciliación siempre es posible aún entre enemigos de más de cincuenta

años, Venezuela se hunde en la dictadura de Nicolás Maduro con el telón de fondo de la crisis económica, sus instituciones democráticas amordazadas y su oposición duramente reprimida.

En el mapa de las violaciones manifiestas y recientes de los derechos humanos cabría también añadir la suerte menos conocida reservada a los hmong de Laos o a las minorías de Turkmenistán, país cerrado a cal y canto a toda investigación sobre ataques a las libertades. Por último, nadie puede ignorar que el Mediterráneo se ha convertido en cementerio de migrantes venidos de Libia, de Siria, de Yemen, de Sudán o de Mali, sin que se vislumbre a corto plazo salida alguna para este drama. Y no hay que olvidar todas las violaciones que escapan a la mirada de los medios, ni tampoco a los defensores de las libertades ignorados por la sociedad de la información.

¿Este catálogo interminable de sufrimientos y derrotas es síntoma de que los derechos fundamentales no dejan de retroceder? Las cosas no son tan sencillas y, por eso mismo, tampoco tan negras. ¿De qué estamos hablando? El antiguo embajador francés para los derechos humanos, François Zimeray, dio en este sentido una definición clara y desapasionada: «Los derechos humanos», escribe, «no son cosa de moral, ni siquiera de valores. Su respeto nada debe a los símbolos, y aún menos a la indignación. Son derechos nacidos de compromisos políticos y por ende imperfectos. Derechos que existen o no exis-



Christopher Anderson
Santiago (Chile), 1995.
*Parada militar en honor de Augusto Pinochet frente
al palacio presidencial.*





ten y que son aplicados o violados. El derecho a no ser torturado, el de disfrutar de un juicio justo, el de igualdad entre hombres y mujeres, el de los niños a vivir su infancia. Todos contribuyen al respeto de la dignidad humana; es esta finalidad la que les confiere una fuerza moral». (Zimeray, F., *J'ai vu partout le même visage. Un ambassadeur face à la barbarie du monde*, Plon, París, 2016).

Desde esta óptica los derechos humanos no han dejado de progresar desde los procesos de Núremberg (1945-1946), donde se juzgó a los principales dirigentes nazis, hasta la creación en 2002 de la Corte Penal Internacional, apogeo de la noción de universalismo. Sin que ello signifique, como hemos visto, que este último medio siglo no haya tenido su cuota de dramas sangrientos. No obstante, los derechos humanos han ido siendo completados a partir de los treinta artículos contenidos en la Declaración Universal de 1948, la cual no decía una palabra sobre la condición de la infancia. Con el paso de los años hemos asistido al nacimiento de nuevas protecciones en favor de los refugiados y de los apátridas, de las mujeres y los niños. Se han proclamado derechos económicos, sociales y culturales y se ha precisado y reforzado la lucha contra las discriminaciones a nivel de las Naciones Unidas, del Consejo de Europa y de otras instancias multilaterales. Por lo que respecta a la

Doble página anterior:
Thomas Dworzak. Grozni (Rusia), 2002.
Joven con globos. Al fondo, la devastación causada por las dos guerras de Chechenia.

Corte Penal Internacional, hay que admitir el avance que supone el nacimiento de una instancia que lucha preventivamente contra posibles abusos, a la inversa de otros tribunales de excepción surgidos a posteriori —para Ruanda o para la antigua Yugoslavia—, una vez consumados los dramas, en contradicción con la noción misma de derecho.

Entre las conquistas recientes, cabe mencionar también la admisión de derecho de injerencia en 2004-2005, que el derecho internacional reconoce bajo la siguiente fórmula explícita: responsabilidad de proteger. Este gran progreso sufrió, sin embargo, un retroceso tras la intervención internacional en Libia. Las fuerzas occidentales desbordaron el mandato legal que se les había confiado, provocando un brutal cambio de régimen. No es seguro que el derecho de injerencia salga indemne de la aventura libia, aun cuando se impusiera una intervención en este país.

Al margen de las violaciones permanentes de los derechos humanos perpetradas por los regímenes autoritarios, este concepto tan precioso está hoy expuesto a un riesgo importante: el cuestionamiento del principio de universalidad. Numerosos países de Asia y del mundo árabe, al igual que Estados Unidos, se esfuerzan en reducir el alcance de los derechos humanos en nombre de las diferencias culturales y de circunstancias excepcionales que justificarían, según ellos, modular estos derechos, e incluso sustraerse a ellos, en nombre de singularidades discutibles. Teorizada por el antiguo primer ministro

malayo Mahathir ibn Mohamad, la noción de «valores asiáticos» es así esgrimida por las autoridades chinas para sostener que estos particularismos prevalecen sobre las normas internacionales. «Estas especificidades», escribió también François Zimeray, «querrían que las libertades civiles y políticas fueran menos esenciales que las de producir, consumir y obedecer». En otras palabras, existirían derechos humanos y derechos humanos, dos pesos y dos medidas, una competición de normas con ventaja para las normas nacionales en nombre de la tradición, de las costumbres, del cada cual en su casa, del cada uno a la suya. Se aprecia la misma voluntad de restringir el principio de universalidad de estos derechos en los dirigentes de los países musulmanes de la Organización de la Conferencia Islámica. La Carta Islámica de los Derechos Humanos publicada en 1990 distingue a los beneficiarios de estos derechos en función de su sexo. Pero estas tentativas no son exclusivas de los regímenes autocráticos. Sin renunciar a los derechos fundamentales, los Estados Unidos —los de George W. Bush antes que los de Donald Trump— los han debilitado con prácticas a sus ojos justificadas por causas superiores. Los actos de tortura del ejército estadounidense en Irak o las privaciones de libertad en la prisión de Guantánamo ilustran este relativismo. ¿Cabe sacrificar impunemente un derecho en nombre de otro?

La noción de universalidad es contestada, además, por tres países africanos —Sudáfrica, Gambia y Burundi—, que han anunciado su voluntad de abandonar la Corte Penal Inter-

nacional (y más precisamente el Estatuto de Roma) bajo pretexto de que el Tribunal de La Haya perseguiría prioritariamente a los dirigentes africanos. Es un proceso negativo que pone en evidencia sobre todo la impunidad de que muchos de ellos han disfrutado durante decenios. «La Unión Africana siguió pidiendo a los Estados que obviasen su obligación internacional de detener al presidente sudanés Omar el-Bechir, reclamado por la Corte Penal Internacional por genocidio», denuncia Amnistía Internacional. «En mayo de 2016, Uganda no lo detuvo para entregarlo a la Corte, faltando así a sus obligaciones para con cientos de miles de personas asesinadas o desplazadas durante el conflicto de Darfur».

Estas inflexiones muestran que los derechos humanos universales actualmente deben disputar su territorio a un adversario cada más vez poderoso: las soberanías comunitarias y el espíritu identitario. Hay un gran peligro de que estos planteamientos restrictivos conduzcan a la negación del individuo. El peligro de olvidar que hay derechos que todos tenemos por el solo hecho de vivir y ser ciudadanos del mundo, miembros de pleno derecho de la familia humana. La batalla, no obstante, no está perdida. Es una lucha de cada instante, fortalecida por todos aquellos que, allá donde vivan y sufran, aportan su grano de arena al edificio común. Es el caso ejemplar de los treinta galardonados del Premio Sájarov que desde hace treinta años abren las puertas de la esperanza e impiden que estas vuelvan a cerrarse. Defender los derechos humanos es ante todo defender a sus defensores.

El Premio Sájarov

El Premio Sájarov a la Libertad de Conciencia, concedido por primera vez en 1988 a Nelson Mandela y Anatoli Marchenko, es el máximo homenaje rendido por la Unión Europea a la labor en el ámbito de los derechos humanos. Es la expresión del reconocimiento a personas, grupos y organizaciones por su contribución extraordinaria a la protección de la libertad de conciencia. Con el premio y a través de la red vinculada a él, la Unión Europea (UE) apoya a los galardonados, reforzando e impulsando sus esfuerzos en la defensa de su causa.

Hasta ahora, el premio ha sido concedido a disidentes, dirigentes políticos, periodistas, abogados, activistas de la sociedad civil, escritores, madres, esposas, líderes de minorías, un grupo antiterrorista, activistas por la paz, un activista en contra de la tortura, un humorista gráfico, personas encarceladas durante un largo período por motivos de conciencia, un director de cine, las Naciones Unidas como organismo e incluso a una niña que lucha por el derecho a la educación. Promueve, en particular, la libertad de expresión, los derechos de las minorías, el respeto del Derecho inter-

nacional, el desarrollo de la democracia y la aplicación del Estado de Derecho.

El Parlamento Europeo otorga el Premio Sájarov, con una dotación de 50 000 euros, en un pleno oficial que se celebra a finales de año en Estrasburgo. Cada uno de los grupos políticos del Parlamento puede proponer candidatos, al igual que los diputados, a título personal (se requiere el apoyo de cuarenta diputados como mínimo por candidato propuesto). Los candidatos propuestos son presentados en una reunión conjunta de la Comisión de Asuntos Exteriores, la Comisión de Desarrollo y la Subcomisión de Derechos Humanos, en la que todos sus miembros votan sobre la base de una lista de tres finalistas. El galardonado o los galardonados finales son elegidos cada año por la Conferencia de Presidentes, un órgano del Parlamento Europeo coordinado por el presidente y compuesto por los presidentes de todos los grupos políticos representados en el Parlamento, lo que hace de la elección del galardonado una decisión auténticamente europea.

Los galardonados del Premio Sájarov

- 2017** Oposición democrática de Venezuela
- 2016** Nadia Murad y Lamiya Aji Bashar
- 2015** Raif Badawi
- 2014** Denis Mukwege
- 2013** Malala Yousafzai
- 2012** Nasrin Sotoudeh y Jafar Panahi
- 2011** Primavera Árabe (Mohamed Bouazizi, Ali Ferzat, Asmaa Mahfouz, Ahmed Al-Sanusi y Razan Zaitouneh)
- 2010** Guillermo Fariñas
- 2009** Memorial (Oleg Orlov, Sergei Kovalev y Lyudmila Alexeyeva en nombre de Memorial y de todos los defensores de los derechos humanos en Rusia)
- 2008** Hu Jia
- 2007** Salih Mahmoud Mohamed Osman
- 2006** Aliaksandr Milinkevich
- 2005** Damas de Blanco, Hauwa Ibrahim y Reporteros Sin Fronteras
- 2004** Asociación de Periodistas de Bielorrusia
- 2003** Kofi Annan, secretario general de las Naciones Unidas, y todo el personal de las Naciones Unidas
- 2002** Oswaldo José Payá Sardiñas
- 2001** Izzat Ghazzawi, Nurit Peled-Elhanan y monseñor Zacarias Kamwenho
- 2000** ¡Basta Ya!
- 1999** Xanana Gusmão
- 1998** Ibrahim Rugova
- 1997** Salima Ghezali
- 1996** Wei Jingsheng
- 1995** Leyla Zana
- 1994** Taslima Nasreen
- 1993** *Oslobodjenje*
- 1992** Madres de Plaza de Mayo
- 1991** Adem Demaçi
- 1990** Aung San Suu Kyi
- 1989** Alexander Dubček
- 1988** Nelson Rolihlahla Mandela, Anatoli Marchenko (a título póstumo)

El papel del Parlamento Europeo

Según las encuestas de opinión, los ciudadanos de la Unión Europea (UE) piensan que los derechos humanos son el valor que el Parlamento Europeo debe defender de forma prioritaria. Los derechos humanos están consagrados en los Tratados de la Unión y en la Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea, así como en las políticas de relaciones exteriores de la Unión, incluido el Plan de Acción de la UE para los Derechos Humanos y la Democracia para el período 2015-2020. En sus relaciones con terceros países, la Unión debe trabajar por la democracia, el Estado de Derecho, la universalidad e indivisibilidad de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, el respeto de la dignidad humana, los principios de igualdad y solidaridad y el respeto de los principios de la Carta de las Naciones Unidas y del Derecho internacional. El Parlamento Europeo es un actor fundamental en la defensa y la promoción de la democracia, la libertad de expresión, las elecciones justas y los derechos humanos universales.

Su labor no se limita a conceder cada año el Premio Sájarov, sino que también defiende y promueve los derechos humanos mediante resoluciones sobre cuestiones urgentes en materia de derechos humanos, un informe anual sobre los derechos humanos y la democracia en el mundo y la política de la Unión Europea al respecto, el diálogo parlamentario y la diplomacia con homólogos y autoridades de terceros países, la celebración de audiencias sobre cuestiones relativas a los derechos humanos en sus comisiones, la participación

en misiones de observación electoral en todo el mundo, acciones conjuntas de la Red del Premio Sájarov, la Beca Sájarov para defensores de los derechos humanos y otras acciones en el ámbito de los derechos humanos en asociación con los parlamentos nacionales y la sociedad civil.

En sus resoluciones sobre cuestiones urgentes en materia de derechos humanos, aprobadas en cada sesión plenaria celebrada en Estrasburgo, el Parlamento llama la atención y toma posición sobre violaciones de los derechos humanos cometidas en cualquier lugar del mundo. También reitera sus posiciones inequívocas por lo que respecta a la prevención de la tortura y en contra de la pena de muerte, así como a favor de los defensores de los derechos humanos, la prevención de conflictos, los derechos de las mujeres y de los niños, la protección de las minorías y los derechos de las poblaciones indígenas y de las personas con discapacidad en todo el mundo. Las resoluciones del Parlamento Europeo suelen servir de base para la actuación del Consejo de Ministros de la Unión, la Comisión Europea y el Servicio Europeo de Acción Exterior, y en algunos casos incluso tienen un impacto inmediato sobre la actuación del Gobierno implicado.

El Parlamento Europeo supervisa las relaciones exteriores de la Unión, ya que sus competencias legislativas le permiten bloquear la celebración de acuerdos entre la UE y otros países en caso de violación grave de los derechos humanos y de los principios demo-

cráticos. El Parlamento insiste en el estricto cumplimiento de las cláusulas relativas a los derechos humanos, incluidas de forma sistemática en dichos acuerdos. En abril de 2011, el Parlamento pidió a la UE que suspendiera las negociaciones de un acuerdo de asociación entre la UE y Siria, y, en septiembre de 2011, se suspendió parcialmente el acuerdo de asociación entre la UE y Siria «hasta que las autoridades sirias pongan fin a las violaciones sistemáticas de los derechos humanos».

En política exterior y de seguridad común (PESC) y en política de cooperación al desarrollo, el Derecho de la UE se fija como objetivo «desarrollar y consolidar la democracia y el Estado de Derecho y el respeto de los derechos humanos y las libertades fundamentales». Este objetivo se ha incorporado explícitamente y a gran escala gracias al Parlamento Europeo. Cada año, el Parlamento aprueba su propio informe sobre el Informe anual del Alto Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad al Parlamento Europeo sobre los principales aspectos y las opciones fundamentales de la política exterior y de seguridad común de la Unión Europea.

En el seno del Parlamento Europeo, la Subcomisión de Derechos Humanos (DROI) es la encargada principal del trabajo parlamentario sobre derechos humanos y ofrece un foro de debate regular en el que diputados al Parlamento Europeo, agentes internacionales, expertos y representantes de la sociedad civil proponen y evalúan acciones de la UE e inter-

nacionales respecto de cuestiones relacionadas con los derechos humanos. En el marco de estos debates, la Subcomisión de Derechos Humanos también se une o invita con regularidad a otras comisiones del Parlamento Europeo. La Comisión de Asuntos Exteriores (AFET) aprueba sus informes y resoluciones. La Comisión de Desarrollo (DEVE) también organiza debates periódicos sobre los derechos humanos en los países en desarrollo. Las delegaciones de las comisiones también abordan cuestiones relacionadas con los derechos humanos durante sus visitas a otros países.

El Parlamento también ha reforzado su papel en la defensa de los derechos humanos mediante el apoyo a la democracia parlamentaria y al diálogo político parlamentario, con la organización por parte de sus delegaciones permanentes de audiencias con representantes de la sociedad civil de terceros países y con el envío de delegaciones *ad hoc* para evaluar la situación de los derechos humanos sobre el terreno. Los principales foros de diálogo político entre el Parlamento Europeo y diputados de países no pertenecientes a la UE son la Asamblea Parlamentaria Paritaria ACP-UE, la Asamblea Parlamentaria de la Unión por el Mediterráneo, la Asamblea Parlamentaria Euro-Latinoamericana (EuroLat) y la Asamblea Parlamentaria Euronest con socios de Europa Oriental.

El Parlamento Europeo ha recurrido a sus competencias presupuestarias para incrementar considerablemente los fondos asignados a los programas de promoción de la democracia y los derechos humanos y ha luchado con

éxito para mantener en funcionamiento el Instrumento Europeo para la Democracia y los Derechos Humanos (IEDDH), una herramienta financiera y política fundamental para apoyar a la sociedad civil y a los defensores de los derechos humanos, especialmente cuando estos están en peligro de muerte.

Paralelamente a su labor en materia de derechos humanos, el Parlamento se ha comprometido a apoyar la celebración de elecciones

justas y libres en terceros países, ya que resultan fundamentales para construir la democracia, aportar legitimidad y aumentar la confianza de la población en las instituciones. Los diputados al Parlamento Europeo dirigen con regularidad las misiones de observación electoral de la UE y participan en ellas, con el objetivo de garantizar el pleno respeto del derecho de los pueblos a escoger a sus dirigentes.

Doble página siguiente:
Nikos Economopoulos
Yozgat (Turquía), 1990.
Concentración política.





Luxemburgo: Oficina de Publicaciones
de la Unión Europea, 2017

Print

ISBN 978-92-846-1600-8

doi:10.2861/88332

QA-01-17-954-ES-C

PDF

ISBN 978-92-846-1580-3

doi:10.2861/292496

QA-01-17-954-ES-N

Puede encontrar más información en los sitios
web siguientes:

europarl.europa.eu

europarl.europa.eu/sakharov



Oficina de Publicaciones

